

de la expresión «Hijo del Hombre» de Daniel, en las relecturas de Daniel 7.13, en los apócrifos y relatos del Nuevo Testamento. Ambas contribuciones están estructuradas científicamente y con un alarde bibliográfico imponente. La expresión «los santos del Altísimo» se refiere a los ángeles, instrumentos de Dios en el momento de la venida de su reino. Pero esta concepción original de la dominación universal ejercida por los ángeles no se conserva en el texto elaborado por el redactor último de los tiempos macabaicos. De la dominación de los ángeles, éste pasa a la idea de un reino universal ejercido por los judíos piadosos y santos de los últimos tiempos. El capítulo 7 de Daniel es compuesto y elaborado.

Para J. Coppens, Jesús individualizó la figura del Hijo del Hombre de Daniel y alude a ella para neutralizar las esperanzas demasiado nacionalistas que podía suscitar el término *Mesías*. Pero Jesús amplió la visión de Daniel conforme a su inspiración primera y fundamental, rebasando incluso la visión del hagiógrafo: No será un ángel el instrumento escogido por Dios, sino el propio Hijo de Dios el que realizará la profecía en sus dos planos; terrenal y celestial.

LUIS ARNALDICH

CRISÓSTOMO ESEVERRI HUALDE: *El griego de San Lucas*. Pamplona, Seminario Metropolitano, 1963. 130 x 175 mm. 548 págs.

El autor ha conseguido realizar su propósito de hacer un «comentario lingüístico al texto griego del Evangelio de San Lucas» (prólogo). «La eficacia y utilidad de esta obra está en que «estudiar el griego de Lucas es estudiar el griego del Nuevo Testamento» (prólogo).

Hace un breve recorrido (pp. 19-31) sobre la lengua llamada greco-bíblica, que como muy bien dice el autor no es sino la koiné vulgar matizada de semitismos. Después tiene un capítulo sobre el helenismo de Lucas (pp. 32-42). Son muy buenos y muy claros los capítulos sobre vulgarismos de la koiné (pp. 43-85) y hebraísmos de la lengua del N.T. (pp. 86-108).

La parte central del libro la constituye el comentario lingüístico al Evangelio de San Lucas (pp. 110-445). Las páginas del lado izquierdo las dedica al texto griego; las de la derecha las divide en dos columnas, poniendo en una la versión española original del autor, y en la otra el texto latino de la Vulgata. El texto griego y el latino los toma de la edición de Bover. Al final de cada página hace los comentarios que estima oportunos.

Tiene tres índices muy buenos, uno de materias (pp. 447-457), otro de palabras griegas para saber en qué lugar han sido estudiadas (pp. 459-469), y otro de textos bíblicos (pp. 472-490). Finalmente tiene un buen diccionario griego español de todo el evangelio de San Lucas (pp. 491-548).

El libro está muy bien editado con una tipografía muy buena, y es recomendable especialmente para seminaristas y sacerdotes con el fin de habituarse a leer y entender el texto original.

No aminorando para nada los elogios que merece un libro de esta índole, me permito hacer algunas sugerencias al autor para que si lo estima oportuno las tenga en cuenta en futuras ediciones.

Cuando se traducen textos bíblicos se ha de procurar buscar vocabulario religioso, sobre todo cuando existen términos ya consagrados. Así por ejemplo: «han referido» (Lc 1,2) no es suficiente; debía decir «han transmitido», porque se trata de la «parádisis»; y en Lc 1,4 donde dice «de viva voz has sido instruido» debería decir «has sido catequizado».

En una ocasión el autor comete el error contrario: traduce «ministros del Evangelio» (Lc 1,2) cuando debería ser «de la palabra». Lucas no quiere aquí hablar de Evangelio porque para él este empieza con el bautismo de Jesús (cf. Lc 3,23; Act 1,22; 10,37).

En otra ocasión (Lc 1,19) si «evangelizar» tiene en ese lugar un sentido vulgar y profano, como parece ser, entonces debería traducir «anunciarte» (como hace en Lc 2,10) o algo semejante, pero no «darte buenas nuevas», pues entonces indica el sentido técnico religioso de ese verbo y en ese caso sería mejor traducir por «evangelizarte».

Aunque una traducción supone siempre una interpretación, y aunque es verdad que el traductor debe intentar una aclaración del texto, sin embargo esto no debe ser a costa del mismo texto. Las aclaraciones se han de hacer en las notas, pero nunca añadir nada por cuenta propia. El autor en Lc 1,17 añade el paréntesis «del Señor», según la idea del texto. En ese caso debería también explicar a quien se refiere el «su» de Lc 1,16 pues en el griego se refiere al Dios de los hijos de Israel, mientras que el español parece que es el Dios de Juan. Otro error semejante lo comete en Lc 3,23 donde dice «y era Jesús, al comenzar (su enseñanza pública) como de treinta años». El paréntesis es una añadidura del traductor, cosa que nunca es legítima. La construcción perifrástica, que la Vulgata traduce bien por «erat incipiens», pone el énfasis en que Jesús «empezaba», no en que tenía treinta años. Este «empezar» concuerda bien con la teología peculiar de Lucas. A propósito de este caso podemos citar aquí a Lc 4,30 donde el autor traduce «se marchaba», con lo cual le da a la acción un sentido profano. Si hubiera puesto simplemente «marchaba», hubiese dejado libre el camino para entender una idea programática de Jesús a la cual Lc le da un valor paradigmático: caminar hacia Jerusalén.

Alguna vez el autor se deja llevar por el hábito que produce el haber oído explicar algunos temas de cierta manera. Así por ejemplo, en la Transfiguración (Lc 9,29) traduce así: «el aspecto de su rostro se transformó», en vez de decir «el aspecto de su rostro se hizo otro». No es igual una expresión que otra, pues precisamente Lc en este lugar omite la «metamorfosis» de que habla Mc, pues podría crear dificultades a un lector griego.

En la perícopa de las tentaciones en el desierto dice que «Jesús ... iba guiado por el Espíritu al desierto» (Lc 4,1) porque supone que hay un uso helenístico en la preposición «en» en lugar de «eis». No es necesario. En las tentaciones hay una lucha escatológica, y Jesús es guiado por el Espíritu en esta lucha en el desierto, no al desierto. En el mismo lugar dice «donde estuvo cuarenta días, siendo tentado por el diablo» (Lc 4,1). Así uno no sabe si fue tentado al final o durante los cuarenta días. Leyendo el texto griego, uno tiene la impresión de que estuvo tentado los 40 días. Según traduce el autor, se esperaría un aoristo en el verbo «guiar» y un infinitivo final o un participio futuro en el verbo «tentar»; sin embargo tenemos un imperfecto (acción continuada!) y un participio de presente. El verbo «guiar» rige

también la primera parte del verso 2: (y era guiado por el Espíritu en el desierto) «mientras era tentado durante cuarenta días por el diablo». La acción de ir al desierto está terminada con el aoristo «se volvió»; el verbo principal es la acción continuada del verbo guiar. Para que tuviera el sentido que le da el autor, tendría que tener una concordancia como la de Lc 4,14.

En ocasiones no da el matiz exacto que se deduce no ya de una simple traducción, sino de una exégesis previa. Así en Lc 9,31 dice «hablaban de la muerte» en vez de decir «de su éxodo». Este abarca todos los últimos acontecimientos de su vida y tiene un sentido dinámico; aquélla es más bien puntual y estática.

El término «epistáta» aparece en Lc 5,5; 8,24.45; 9,33.49; 17,13. Sería mejor traducirlo de otra manera que «maestro», pues Lc conoce el término «didáskalos» (cf. Lc 2,46; hasta 16 veces en su Evangelio) y sin embargo no lo usa aquí, empleando en su lugar este otro término que es un hapaxlegómenon en todo el N. T.

En Lc 11,4 debe decir «perdónanos nuestros pecados» en vez de «deudas» que se ha de reservar para el paralelo de Mt. Hay que caer en la cuenta de que «deuda» lo entiende muy bien un hebreo, pero un griego entiende mejor «pecado».

En Lc 4,22 traduce así: «... palabras, llenas de gracia» adquiriendo la frase un matiz profano de simpatía, en vez de decir simplemente «palabra de gracia» que ya admite un sentido teológico de palabras de salvación o salvadoras.

Hablando del anciano Simeón dice que el Espíritu Santo «moraba» en él. No es lo mismo la «inhabitación» del Espíritu Santo que la «unción» del mismo.

La dificultad que se experimenta al comparar Lc 3,23 donde dice «José hijo de Heli» con Mt 1,16 donde dice «Jacob engendró a José», la soluciona (p. 159) con la ley del levirato (Deut 22,5 ss): uno fue el padre natural y otro el legal. Esta respuesta no resuelve nada, pues tendrían que coincidir en el bisabuelo.

Que «el texto griego (de Mt) sea una traducción libre del texto original» (p. 29) escrito en arameo, es muy difícil de probar.

La diferencia de estilo que tiene el Evangelio de Lucas en relación al prólogo (Lc 1,1-4) no se debe, como opina el autor, a que quiera ser «leído y entendido por el pueblo» (p. 41), sino al respeto que Lc tiene por las fuentes, y, en definitiva, por la Tradición.

En la p. 42 dice el autor: «se ve claramente que gusta Lucas de reproducir, sin retocarlas, las frases de Marcos», y pone cinco ejemplos. Cualquiera puede comprobar que aún en esos cinco casos, que es donde más concuerda con Marcos, las retoca.

Hay también otros detalles, como por ejemplo, que el autor atribuye la Epístola a los Hebreos a San Pablo (p. 26). Supongo que la expresión «Didaqué» (p. 28) es un error de imprenta. El libro de H. J. Cadbury, tan importante para el estudio del griego de Lucas, no le pone entre los libros consultados, aunque le cita luego en las pp. 33 y 40.

Resumiendo, creo que es un libro recomendable, pero al mismo tiempo hay que tener en cuenta que su traducción no siempre es válida para un estudio técnico y exegético de Lucas.